

LA HUÉRFANA ENCARCELADA

4 DE JULIO DE 1888

En el 221b de Baker Street encontramos a Holmes tal y como decía el mensaje que Watson nos había mandado: apático, apagado e indiferente al mundo que le rodea.

-Aún no se ha pinchado, creo que mi plan puede evitarlo -murmura Watson, enseñando los recortes de periódicos que tiene en la mano.

-Un funambulista se cae y se mata en el Circo Royal Italiano... Se piensa que puede ser un crimen... ¿Qué piensa, Holmes?

No hay respuesta.

-Nueva ofensiva del "Ladrón mundano"... Hum... Una serie de robos. Seis entre el 2 y el 17 de junio... Leeds... "La tiara de Cleopatra robada"... Las víctimas estaban ausentes en el momento del robo. Hay un texto detallado si quiere leerlo, Holmes.

Silencio.

-Ah, aquí hay un caso misterioso... Un carruaje recogió a un cliente en su sitio habitual. El pasajero gritó cuando se daba cuenta de que no tomaban la dirección correcta, pero no obtuvo respuesta... Dios mío. ¡El cochero estaba muerto, sentado en su silla, con un cuchillo clavado en la espalda! Un policía consiguió detener el vehículo... El cochero llevaba alrededor de su cuello una bolsita con 30 denarios romanos.

-¡Valientes majaderos! -grita Holmes-. ¡Si hubieran dejado al caballo seguir con su ruta les habría llevado directamente a la escena del crimen! ¡Déjeme ver eso, Watson.

Watson le tiende el recorte de periódico y nos dirige una sonrisa de satisfacción. Mientras que Holmes, con el ánimo recuperado se concentra en el artículo, el timbre de la puerta suena.

-Le ruego que me ayude, Sr. Holmes -implora un hombre joven con gafas que se presenta como Gerald Locke-. Hace tres días, Guy Clarendon fue hallado muerto en el Hotel Halliday. Sé que no tiene sentido, pero la Srta. Frances Nolan fue acusada del asesinato y fue arrestada en Old Bailey.

-Iba justamente a hablarle de ello, Holmes -dice Watson agitando otro recorte de periódico.

-La creo incapaz de cometer un asesinato. Incluso si se trata de un desalmado como Guy Clarendon.

-¿Por qué un desalmado? -pregunta Watson-. Sólo he oído cosas buenas del joven Clarendon, descendiente de familia rica, excelente bateador de cricket en Londres Oeste, esgrimidor con clase de nivel internacional...

-Era un pretencioso. Le gustaba beber y jugar a las cartas y frecuentaba a algunos sinvergüenzas de East End. Su padre le había casi desheredado. Intenté decirle a Frances que no quería más que su fortuna, pero sin resultado alguno.

-Frances y Loretta Nolan -dice Holmes, volviendo a la realidad-, las herederas de Sir Malcom Nolan, fundador de la Compañía de Navegación de Aberdeen. Sir Malcom y Lady Nolan fueron asesinados cuando un tal Zagreb Yoblinski, anarquista de renombre, tiró una bomba dentro de su coche, creyendo equivocadamente que se trataba del Duque de York. Loretta Nolan que tenía 4 ó 5 años por aquella época, se encontraba también en el carruaje. Milagrosamente, no fue herida. Los periódicos han comentado en abundancia los detalles de este sangriento asesinato, así como las disposiciones legales testamentarias concerniente a su inmensa fortuna. Sr. Locke. Usted aspira a la mano de la Srta. Nolan, ¿no es así?

-Sí -reconoce.

-¿Por qué la Srta. Nolan ha sido inculpada?

-Veamos... -duda Locke.

Parece entristecido, se quita las gafas, y las limpia como para poder esconder su desconcierto. Al final, en voz baja y resignada, responde.

-La encontraron inclinada sobre el cuerpo, con una pistola en la mano.

Holmes asiente con la cabeza, vuelve a coger el recorte del periódico sobre la muerte del cochero, y hace oídos sordos a la opinión de Locke en cuanto a la inocencia de la Srta. Nolan.

-Siento mucho disgustarle, Sr. Locke -dice al final, interrumpiéndole-, pero no puedo ocuparme personalmente de su caso. Otro muy urgente necesita mi atención. -Coge su sombrero y añade-: Puede estar seguro, sin embargo, de que le dejo en buenas manos.

Un instante después, se ha marchado.

-Bueno... Sr. Locke -balbucea el Dr. Watson-, tiene que excusarle... Veamos... Como Holmes ha sugerido, haremos todo lo posible para descubrir la verdad. No se preocupe.

-En absoluto, no me preocupo, claro que no -dice Locke poco convencido.